

# *Las Bienaventuranzas: La Fortaleza de la “Debilidad”*

---

La segunda básica declaración de las Bienaventuranzas es que el reino de Dios no se entrega a “los poderosos” que buscan tomarlo por la fuerza, sino que ésta fácilmente accesible para “el débil” quien cede su causa pacientemente a Dios y abandona sus propios derechos por causa de otros. El mundo en el que las bienaventuranzas fueron primeramente pronunciadas no fue un lugar alojable para tal idea. Séneca, el prominente filósofo estoico del primer siglo y hermano de Galión (Hech.18:12) dio expresión al sentimiento de sus tiempos en la siguientes palabras: “La piedad es una enfermedad mental inducida por el fantasma de otras miserias de las personas... el sabio no sucumbe a enfermedades mentales de esa especie” (Arnold Toynbee, *An Historian`s Approach to Religion*, Pág. 68). Totalmente fuera del espíritu de Su época, Jesús anunció la bienaventuranza del manso, el misericordioso, el pacificador y el perseguido. No fue una idea propia de la época, y no lo es todavía.

**“Bienaventurados los mansos”** (Mat.5:5) En un mundo dureza y crueldad, la mansedumbre podría parecer una forma rápida de cometer suicidio. El violento y el necio prevalecen. El manso es al final de cuentas echado a correr. Las personas que son atraídas al reino de Dios deben enfrentar esto. La benignidad de Jesús no le salvó de la cruz. Pero, finalmente, Jesús nos enseña, que es la mansedumbre únicamente la que sobrevivirá. El desafío para nosotros es entender lo que es verdaderamente la mansedumbre.

*La Mansedumbre no es una disposición natural.* No es una suavidad congénita del temperamento. No es una conducta servil de un esclavo cuya condición impotente le obliga a adoptar una forma servil que desprecia y abandonaría en la primera oportunidad. La mansedumbre es una actitud hacia Dios y hacia otros, la cual es el producto de una elección. Es una disposición sostenida por medio de una resolución moral de acero en un tiempo cuando uno pudiera tener el poder y la inclinación a comportarse de otra manera.

*La Mansedumbre no es una indiferencia al mal.* Jesús soportó con mucha paciencia los asaltos cometidos contra él, pero fue fuerte para defender el nombre y la voluntad de Su Padre. Él odio la iniquidad tanto como amó la justicia (Heb.1:9). Moisés fue el más manso de los hombres cuando el abuso fue cometido a él (Num.12:3), pero su ira fue intensa contra la irreverencia cometida a Dios (Ex.32:19). El hombre manso puede soportar pacientemente el mal trato (él no está ansioso en *auto defenderse*) pero él no es pasivo con respecto al mal (Rom.12:9). Hay en él un odio ardiente por todo falso camino (Gal.1:8-9; Sal.119:104).

*La Mansedumbre no es Debilidad.* No hay blandura en ella. Él que tenía 72, 000 ángeles a Su mandato (Mat.26:53) se describe así mismo como “manso y humilde de

corazón” (Mat.11:29). La profundidad de la mansedumbre en un hombre puede medirse en proporción directa a su habilidad para aplastar a sus adversarios. Jesús no fue manso porque Él fue impotente. Él fue manso porque Él tuvo Su inmenso poder bajo control de los grandes principios — Su amor por Su Padre (Jn.14:31) y Su amor por los hombres perdidos (Efe.5:2). Habría sido muy fácil para Él haber aniquilado simplemente a Sus enemigos más bien que soportar pacientemente su abuso. Él tomó el camino más difícil.

La Mansedumbre del Hijo de Dios es poderosamente demostrada en Su actitud hacia los privilegios de Su condición (“quien, existiendo en la forma de Dios, no estimó estar en igualdad con Dios como cosa a que aferrarse, sino que se despojó a sí mismo” (Fil.2:6-7 ASV) y en Su sumisión a Su Padre (“Y aunque era Hijo, por lo que padeció aprendió obediencia” Heb.5:8). Él vino al mundo como un siervo. Él se despojó a si mismo por causa de otros.

Aunque en el reino, mansedumbre se deriva de un nuevo concepto de uno mismo en la presencia de Dios (“pobre en espíritu”) su énfasis principal ésta sobre el concepto del hombre acerca de sí mismo ante la presencia de otros. “Mansedumbre” (del Griego, *praus*) es encontrada en la compañía constante de palabras tales como “humildad”, “bondad”, “paciencia”, y “benignidad” (Efe.4:2; Col.3:12-13; 2 Tim.2:24-25; Tito 3:2; 2 Cor.10:1). Aun cuando es aplicada a nuestro Salvador, la palabra parece referirse a Su relación con los hombres más bien que a Su relación con Su Padre (Mat.11:28-30; Cor.10:1) Mansedumbre (*praus*) tuvo un uso especial en el antiguo mundo Griego. Fue aplicada a un animal que había sido domesticado” (William Barclay, *New Testament Words*, Pág. 241). El hombre manso es uno que ha sido domesticado con el yugo de Cristo (Mat.11:29) y consecuentemente, ha llevado las cargas de otros hombres (Gal.6:2). Él ya no busca más tomar por la fuerza aun aquello que es correctamente suyo tampoco intenta vengarse de las injusticias cometidas contra él —no porque sea impotente hacerlo, sino porque ha sometido su causa a una corte mayor (Rom.12:19). Más bien, él está interesado en ser una bendición, no únicamente para sus hermanos (Rom.15:3), sino aun para sus enemigos (Luc.6:27-28).

El hombre manso tiene lo suficiente para sí mismo. Él siente su propia vaciedad espiritual y añora una relación correcta con Dios. *La auto justicia* se ha vuelto un desastre y la necedad una enfermedad. Las mismas ideas de *auto confianza* y *auto seguridad* se han convertido en un fétido olor de su nariz. Él se ha vaciado en su corazón de sí mismo y lo ha llenado con Dios y con los demás. Semejante a Su Maestro, él se ha convertido en el último siervo. Y por esta misma razón el futuro le pertenece.